

Diderot y la Historia filosófica de las dos Indias

La *Historia filosófica y política del comercio y de los establecimientos de los europeos en las dos Indias*, más conocida con el nombre abreviado de *Historia de las dos Indias*, fue durante mucho tiempo atribuida exclusivamente al abate Raynal. En la actualidad se sabe que la obra tuvo además varios colaboradores; poco a poco se ha ido aceptando que el texto se transformó de manera radical gracias a la intervención de Diderot.

El título abreviado podría sugerir tan sólo un texto histórico más; en ese sentido sería poco significativo. Pero el interés de esta obra no se limita a procurarnos un ejemplo de representación de la historia como conocimiento de lo acontecido, que a la vez se proyecta al porvenir; si se ubica la época de su elaboración a partir de 1770, puede también valorarse como un revelador documento del movimiento intelectual denominado Ilustración. Recordemos que las “Luces”, iniciadas mucho antes por espíritus progresistas como Bacon, se desarrollan de manera más amplia en el siglo XVIII. Entonces los afanes enciclopédicos y racionalistas, expresados en una variedad de discursos y doctrinas, se apoyaban siempre en lo que la época consideraba filosofía; de tal manera que voces que nos parecen diferentes como la del moralista, político, o filósofo, se confundían con la del historiador. Desde esa óptica, en otros discursos del siglo XVIII, también con intenciones históricas, se destaca la creencia de que los hombres pueden y son capaces de actuar sobre el curso de las cosas.

La *Historia de las dos Indias* es además producto del desarrollo económico derivado del movimiento colonizador. Al entrar nuevos objetos en el tradicional discurso histórico, podía irse infiltrando en su trama un discurso de índole más política que “filosófica”. En ese sentido sería de gran interés precisar el verdadero carácter ideológico de la obra.

La *Historia de las dos Indias*, a pesar de estar configurada por un número de discursos contradictorios y tesis opuestas –debido seguramente a las tan variadas colaboraciones–, delinea un movimiento coherente que, sobre todo gracias a Diderot, se convierte en un desafío, casi un manifiesto, de tal manera que el lector, que va del escepticismo al asombro, puede volver a plantearse no sólo las preguntas explícitas del texto (como aquella que cuestiona todas las revoluciones pasadas e incluso las del porvenir, para saber si serán “útiles a la naturaleza humana”, y si con ellas los hombres tendrán “más tranquilidad, felicidad y placer”), sino también otras igualmente significativas, induciéndolo además a pensar en todas sus

implicaciones, sean éstas lúdicas, económicas o éticas: ¿Cuál es la razón de ser del colonialismo? ¿Tiene la palabra *libertad* opuestos significados? Entonces, ¿existen posibilidades reales de liberación? ¿De cuál opresión es más urgentes liberarnos?, etcétera.

En un primer reconocimiento del texto, el índice y los incisos de los capítulos de la edición de 1780 parecen indicar que, en rigor, se trata de una historia de todas las colonias europeas –véase el plural del título–; así, a lo largo de los cuatro volúmenes de esta edición, que corresponden a las cuatro grandes partes del mundo, se siguen las huellas de los europeos de un continente a otro: Vol. I: *Asia e Indonesia*; Vol. II: *América del Sur*; Vol. III: *Antillas y África*; Vol. IV: *América del Norte*; este último volumen incluye, además, el cuadro actualizado de Europa.

De cada nación estudiada se presenta casi siempre su forma de gobierno desde el inicio de su existencia como tal, así como sus costumbres, leyes, religión y progresos, y de las grandes potencias son valorados, sobre todo, sus triunfos y fracasos en la empresa colonizadora.

Un sucinto muestreo de los cuatro volúmenes nos presenta capítulos como: Vol. I. Lib. 3. “Viajes, establecimientos, guerras y comercios de los franceses en las Indias Orientales”; Vol. II. Lib. 8. “Conquista de Chile y de Paraguay por los españoles. Detalle de los acontecimientos que han acompañado y seguido la invasión. Principios sobre los que esta potencia conduce sus colonias”; Vol. II. Lib. 9 “Establecimientos de los portugueses en Brasil. Guerras que allí se han sostenido. Producción y riquezas de esa colonia”; Vol. III. Lib. 11. “Costumbres, hábitos y ocupaciones de los pueblos de Guinea”; Vol. III. Lib. 15. “Gobierno, costumbres, virtudes, vicios, guerras de los salvajes que habitan Canadá”, etcétera.

Ya propiamente en el cuerpo del texto aparecen muchos fragmentos dedicados al comercio, tantos que podría pensarse que todo va a girar en torno a tal enunciado, pues continuamente se alude a: “viajes, establecimientos, guerras y comercio” de tal o cual nación... En ese sentido nos parece suficientemente explícita la exclamación: “¡Guerras de comercio! ¡Expresión antinatural; el comercio alimenta y la guerra destruye”. (Vol. IV. Lib. 19, cap. 6.)

Además, el título completo sugiere que el punto de partida será el origen de todos los establecimientos fundados por los europeos en todas partes; establecimientos en el sentido de

empresas comerciales a las que algún Estado daba el privilegio de funcionar en algún país lejano, como las famosas Compañías de Indias. Pero, ya que los establecimientos tienen en principio el propósito fundamental de ocuparse del comercio, resulta redundante ponerlos juntos como en el título; en ese caso funcionan como sinónimos. Por otra parte, la cópula que en el mismo enunciado une a “filosófica” y “política”, cambia el sentido de los términos separados, conformando en cierto modo lo que todavía no se denominaba historia económica, que también tiene sustento político.

Tradicionalmente la historia se halla dividida en diversos sectores: historia universal, historia general, o historias particulares como: historia del arte, historia política, historia filosófica, historia de la ciencia, etcétera; en fin, puede haber historia particular de cualquier actividad. Ahora bien, los enunciados que en el título se unen por lo común se consideran separados, como dos sectores con ritmo propio. Pero en la *Historia de las dos Indias* todos los sectores se comunican e incluso a veces se identifican. Entonces, en la óptica del siglo XVIII, la obra sería producto de un historiador filósofo, con las implicaciones que esa última noción tiene en ese siglo, es decir, el que reflexiona sobre cualquier cosa esclarece y juzga. En la *Historia de las dos Indias* son superados, pues, los cuadros habituales de las historias particulares, y, al intentar presentar una historia global de la colonización, se ofrece casi la historia entera de la civilización occidental.

También los lectores del siglo XVIII, que pretendieran guiarse por el título, esperarían que se ofreciera justo y cabal conocimiento de su mundo contemporáneo. Iban, pues, a conocer las riquezas de cada nación, tanto la colonizadora como la susceptible de ser colonizada por las diversas potencias, en un implícito rechazo de los límites de la empresa colonial, de tal modo que la *Historia de las dos Indias*, que encubría una intención eminentemente política, se les presentaba a la vez como una historia natural, moral y civil.

La yuxtaposición, en el título, entre Europa y sus establecimientos, sugería unión indisoluble, es decir, no podría pensarse más en Europa sin aquéllos, confirmando así la creencia de que el mundo era otro, luego de los llamados “descubrimientos”, “acontecimientos para la especie humana en general” y, en “particular, para Europa” (Introducción p. 8). Queda claro que hablar de Europa y de sus establecimientos equivale a ocuparse del mundo colonial en toda su extensión.

Ciertamente, desde que surgieron necesidades de expansión, el comercio a menudo fue a la par de la colonización, pero es después de la llegada de los ibéricos a América cuando se pone de manifiesto la importancia de un verdadero comercio ultramarino.

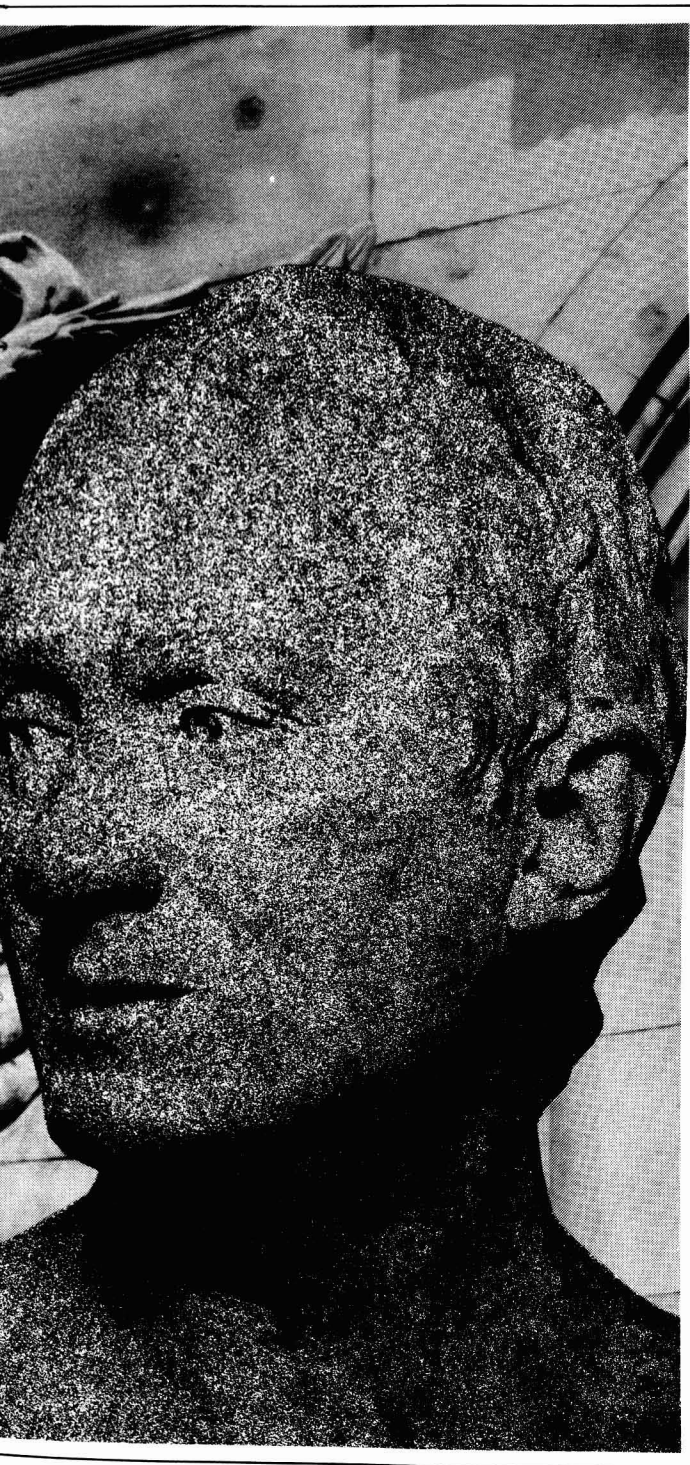
Cuando las potencias europeas pretenden suplantarse a España, las pautas para el porvenir son sacadas del modelo español, estudiando a fondo la experiencia hispánica y, en no pocas ocasiones, criticando duramente sus métodos. Son sopesadas, así, las posibilidades nuevas de expansión económica, y se empieza también a describir sistemáticamente las nuevas o futuras adquisiciones, valorando “racionalmente” —óptica de la *Historia de las dos Indias*— sus recursos y potencialidades.

Por otra parte, no se debe olvidar que el siglo XVIII es una época de disturbios y conflictos europeos, tanto continentales como ultramarinos. Así, las posibilidades de expansión acrecientan las rivalidades, y luego de una preponderancia de los ingleses, que habían suplantado a España en los mares, Francia, a su vez, empieza a surgir como potencia colonial. Es entonces cuando las guerras van a sucederse unas a otras en diferentes combinaciones de coaligados europeos. Entre tantos conflictos, la llamada *Guerra de los siete años* (1756-1763), cuyo detonador fue una querrela entre colonos franceses e ingleses por la posesión del valle del Ohio, trastoca las antiguas alianzas haciendo participar, por un lado a Francia con Austria (su tradicional enemiga) y con Rusia; y por el otro, a Pru-



Diderot

sia e Inglaterra. A partir de esa guerra, los franceses e ingleses se ocuparán más de sus territorios ultramarinos, pues una de sus consecuencias es que Francia –al no poder ocuparse de dos frentes– pierde parte de sus colonias en Canadá, India y Antillas; otra consecuencia es la ruptura del equilibrio europeo que hace surgir nuevas potencias: Prusia y Rusia. Pronto además, la Independencia americana –en la que Francia participa activamente– propina también un rudo golpe al antiguo sistema colonial. Urgía que éste se racionalizara, aspiración ilustrada cuyas consecuencias culturales se traducen en una creciente demanda de obras sobre los imperios que estaban formándose. Entonces la cultura difundida gracias a la Ilustración, y la necesidad de conocer mejor los lugares de las futuras



colonias, es lo que impulsa la publicación de multiplicidad de historias, tanto generales como particulares de un sinnúmero de lugares, amén de variados estudios más específicos; eran, sin embargo, las historias generales las que atraían a un público mayor. Las publicaciones en el siglo XVIII destacarán, también, las tendencias mercantilistas y una necesidad de proteger y estimular los intereses coloniales, no sólo de una potencia, sino europeos en general.

En ese contexto la *Historia de las dos Indias*, atribuida a Raynal, en apariencia no es más que una compilación fragmentaria de materiales poco originales, que pretende hacer el papel de una enciclopedia de la colonización, fundando el saber de las reglas futuras. El texto parte del hecho real de que hay colonias, para dejar de inmediato deslizar la duda sobre la posibilidad de que no se hayan conocido los “verdaderos principios” para colonizar, y ésa sería en realidad su finalidad básica.

La primera edición de la *Histoire de las dos Indias*, fechada en 1770 (aunque existe un primer manuscrito desde 1765), empezó a difundirse en 1772 sin nombre de autor. Entre 1772 y 1788, hubo al menos 17 ediciones diferentes con varias reediciones y antologías. Para la tercera versión muy ampliada de 1780 –que incluye un retrato de Raynal ya aparecido sin su nombre en 1774–, se había pedido mayor colaboración a Diderot¹.

Una edición posterior –a punto de estallar la Revolución– fue expurgada por el propio Raynal, probablemente debido a la condena que el Parlamento hizo de esa obra.

Algunas antologías modernas (como la francesa de I. Benot y los estudios sobre la obra)² se basan en general en la edición de 1780, difundida en 1781.

La confusión que se ha hecho entre el pretendido autor y la obra ha dado resultados paradójicos: no sería inútil, pues, presentarlos, aunque sea a grandes rasgos.

Guillaume Thomas François Raynal, como la mayoría de sus contemporáneos ilustrados, se educó con los jesuitas;³ a pesar de no haber cumplido con el tercer voto –obediencia– hizo alarde de ser un abate.

Se le ha considerado como un hombre de letras con cierto talento, al mismo tiempo que un hombre de negocios. El matrimonio, muy común en el siglo XVIII, entre la ambición “literaria” y las ganas de actuar, hacen de Raynal un precursor de los periodistas modernos. El abate frecuente al grupo más radical de los enciclopedistas,⁴ pero también asiste a reuniones en salones moderados; se codea sobre todo con los funcionarios de los diferentes ministerios, fungiendo durante algún tiempo como escribano en el de Asuntos Extranjeros. Algunas de las obras que se le atribuyen son: *Anecdotes historiques*; *Mémoires historiques militaires*; *Anecdotes littéraires*; *Des assassinats*

¹ Guillaume-Thomas Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, Genève, chez Jean-Leonard Pellet, MDCLXXX. Existe una traducción abreviada en español, por Eduardo Malo de Luque: *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Madrid, A. de Sancha 1784-1789, 3 vol. in 8° (En la Biblioteca Nacional sólo aparece el primer volumen).

² París, Ed. Maspero, 1981.

³ Otros ilustres alumnos de los jesuitas fueron Voltaire y Diderot.

⁴ El salón del ateo barón de D'Holbach, autor de un *Système de la Nature*.

et des vols politiques; Considérations sur la paix; Essai sur l'administration de Saint-Domingue, etcétera.

En ellas se adivina al aficionado a la historia: la mayor parte es sólo compilación, es decir, préstamo de otros. Sin embargo, Raynal es sobre todo conocido por la obra que nos ocupa, la cual, probablemente como los otros escritos, tiene su origen en un encargo. Inicialmente se trataba de una obra que debía servir como guía para las futuras colonizaciones francesas, para lo cual Raynal tenía que reunir previamente todos los datos concernientes a las que antes había hecho. Raynal, al percatarse de que al público le encantaba todo lo que se refiriera a asuntos coloniales –gusto que coincidía con las aspiraciones ultramarinas apoyadas en la creencia de que Francia pronto iba a tomar el lugar que antes tuvo España–, vislumbró el éxito que podría alcanzar la obra dándole un “toque filosófico”. Se lanzó, pues, a la obra como eficaz empresario, consciente además de la originalidad de su proyecto, y organizó las colaboraciones para su vasta empresa. Entre los principales colaboradores de Raynal se encuentran diversos literatos, sabios y eruditos, como por ejemplo Lambert, Suard, Martin, Deleyre y, sobre todo, Diderot, principal participante en la obra, más por la calidad de su intervención que por su extensión. No obstante, el astuto abate, que en la última edición dejó a Diderot la libertad de escribir lo que quisiera, hizo gala de prudencia al tomarse el trabajo de recopiar los textos que el filósofo le entregaba.

Para Raynal, el primer destinatario del texto era la clase dirigente; se trataba de un llamado de atención a los hombres políticos, para que tuvieran la inteligencia de ponerse al día y no se quedaran rezagados respecto a la marcha de la historia. Pero, siendo con ello fiel a la difusión de la Ilustración, también tuvo la intención de tocar a un amplio público. Por eso, en general, el interlocutor es un lector ilustrado, explícitamente nombrado, como en ese pasaje donde, luego de exponerle los pros y contras de China (Vol. I Lib. 1, caps. 20-21), se le dice de manera insistente: “Lector, (Se te han presentado)... tú debes decidir”. Después sigue el efecto retórico, para hacerle creer que se respeta su criterio: “¿quiénes somos nosotros para pretender dirigir tu opinión?” Inmediatamente se sugiere que la verdadera decisión sólo podría hacerse al tener más conocimientos de la cuestión planteada.

Desde su aparición, la *Historia de las dos Indias* tuvo mucho éxito. El público se mostraba alerta a todas las alusiones de la vida cotidiana, como los efectos de la depresión económica iniciada en 1774 –una de las diferentes causas de la Revolución. Por eso la crítica a la actualidad, ya desde 1771, se había vuelto muy atractiva en vista del estado que estaban alcanzando las cosas; tan es así, que poco después al abate se le consideró uno de los padres de la patria. La celebridad de Raynal cruzó las fronteras y la *Historia de las dos Indias* logró cierta influencia sobre los humanistas ingleses, a quienes les interesaba sobre todo el tratamiento dado al problema de la esclavitud. Al respecto puede citarse el relato de “acciones dignas de asombro”, que no se esperarían en esa condición envilecedora (Vol. III Lib. 14 cap. 16). Por lo mismo, los opositores de Raynal, paradójicamente también ilustrados lo tildean de fanático al creer que rechazaba la racionalidad esclavó-

fila, pues ciertamente el texto cuestiona los fundamentos de la esclavitud.

Si bien a medida que Francia fue constituyendo un nuevo imperio colonial –Asia y Norte de África–, la *Historia de las dos Indias* cae en cierto olvido, en el siglo XX Raynal todavía es considerado por muchos como uno de los precursores de la Revolución. El texto que se le atribuye se considera, con razón, como inequívoca propaganda de la Ilustración, además de ser terreno de experimentación de todas sus corrientes. Por eso es fácil encontrar en él muchas contradicciones, que además son prueba de los conflictos internos del mismo movimiento ilustrado. Entre las más flagrantes lagunas destacan: una visión rousseauiana de la sociedad, junto con una visión profundamente pesimista de la historia: “la Tierra sigue siendo el teatro eterno de desolación, lágrimas, miseria y duelo”, para luego expresar un optimismo ingenuo: [los tiranos y los explotadores verán sus errores] y también la creencia en un progreso ineludible derivado de la Ilustración.

Todavía después de la primera mitad del siglo XX, hay autores que siguen atribuyendo a Raynal la paternidad exclusiva del libro, hecho que ha provocado lecturas erróneas. Es más fácil atribuir a un solo autor la elaboración de una obra tan densa y poco clara, en razón de su riqueza e intenciones cruzadas; de otra manera habría que realizar estudios más precisos y sólidamente documentados.

Pero en descargo de los apologistas de Raynal, debe decirse que sus colaboradores aceptaron no ser citados. Aquéllos –confundiendo la obra con el supuesto autor– con gran entusiasmo lo toman como aliado de sus buenas causas, pues con agrado encuentran que en el libro se pone en tela de juicio la expansión europea; la posición general de Raynal, dice uno,⁵ “es lo que hoy llamaríamos antiimperialista”. Pero los panegiristas del abate pronto se ven obligados a aceptar que las ideas expuestas en la *Historia de las dos Indias* no son muy originales, y deben matizar sus elogios en cuanto se trata de la tan descuidada forma para comprender cabalmente que lo emotivo predomina en ella, y constituye su fuerza y su debilidad al mismo tiempo.

Feugere,⁶ quien ve en Raynal al típico cosmopolita de pensamiento seglar, liberal y racionalista del siglo XVIII, declara su admiración por esa “indignación humanitaria”, pero después acepta que en muchos sentidos es un historiador superficial; sin embargo, no puede considerársele como escritor superficial, “dada la profundidad de sus ideas”.

H. Wolpe⁷ está persuadido de que el abate acaba de golpe con ciertos prejuicios históricamente intocables, siendo su texto una “máquina de guerra” que rompe las viejas categorías.

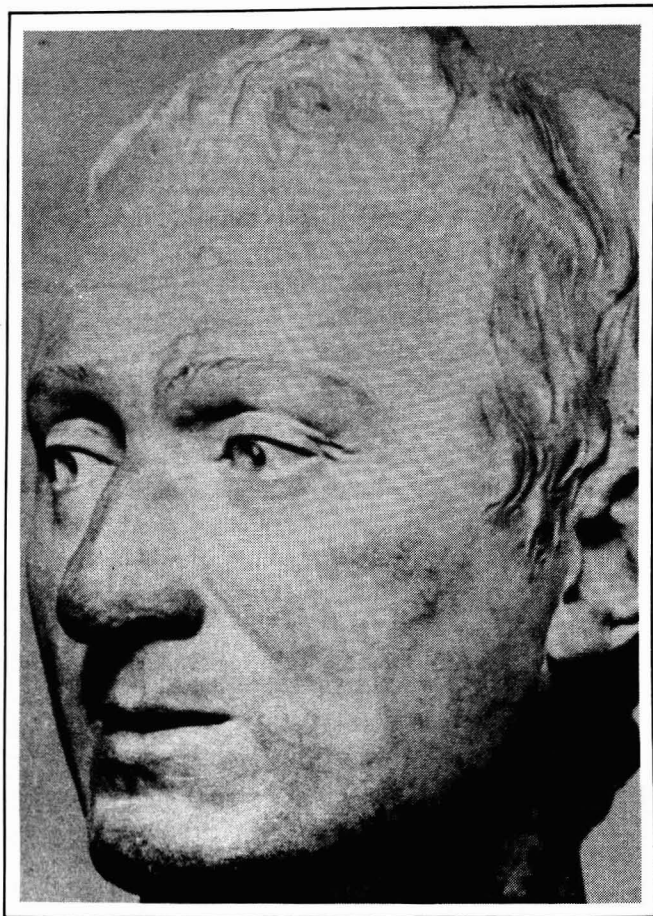
Por su parte, Picot,⁸ quien sabe que la obra fue colectiva,

⁵ E. Goveia, *Estudios de la historiografía de las Antillas inglesas hasta finales del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1984. Colección Nuestros Países, p. 53.

⁶ A. Feugere, *Un précurseur de la Révolution: l'abbé Raynal, 1713-1796*, Angoulême, 1922.

⁷ H. Wolpe, *Raynal et sa machine de guerre*, París, Ed. Génin, 1956.

⁸ J. Picot, *Un philosophe anticolonialiste, l'abbé Raynal*, París, Albums du Crocodile, Supplément du Crocodile II, 1967. (Microfilm, BN. París).



pero con toda razón hace responsable a Raynal, le critica el abuso de documentos sobre lugares y cosas que no conoce. El propio Raynal se defiende al respecto en la presentación de la edición de 1771. Además, la parcialidad que Raynal muestra continuamente hace dudar de su calidad de historiador. También Picot considera que el cuadro de la realidad que el libro presenta es muy discutible, pues Raynal nunca ratificó los datos y dejó el texto plagado de inexactitudes. Asimismo, le achaca a Raynal el hecho de exagerar y ver sólo el lado épico y romántico de las cosas y no sus consecuencias; acepta, sin embargo, que el texto permitió “batir brecha en cierto número de ideas tradicionales”. Curiosamente Picot también sugiere que Bonaparte leyó a Raynal y que esa lectura influyó en la política consular con respecto a las colonias; prueba de ello es que le quitó Luisiana a España y se lo cedió a Estados Unidos.

Así pues, algunos de los autores que se han ocupado de Raynal, lo sitúan en general en uno de los primeros lugares de los que minan el antiguo régimen.

Ahora bien, a lo largo de la *Historia de las dos Indias* hay muchas digresiones que parecerían temas independientes, en apariencia sin enlace con el tema central o general; por ejemplo: sobre las artes, danza, dibujo o baile, o también sobre la minuciosa descripción de la vida de los castores (Vol. IV Lib. 15, cap. 9), que, como en algunas otras digresiones, dan a Diderot la oportunidad de intervenir. En este caso, luego de la rigurosa presentación de estilo naturalista, se lanza a un elogio de la vida republicana!

De este modo, el autor inicial de un artículo, o de parte de

él, se ve despojado de su discurso por otro autor más osado (muchas veces Diderot). Así, a veces en un mismo fragmento se encuentran modificaciones espectaculares a la propuesta inicial. Por ejemplo, en la reiterada apología del comercio, al intervenir Diderot se funden los temas y se enlazan estrechamente lo social, lo político y lo moral. Del “laissez faire” –abolición de monopolios–, al “laissez passer” –supresión del impuesto de consumo de esta teoría del comercio como motor del mundo–, se pasa insensiblemente a una especie de filosofía del comercio como “alma del mundo moral y social”.

En ese texto de estilo eminentemente coloquial –de donde provienen tantas redundancias–, no puede dejar de sorprender la variedad de voces que se mezclan sin cesar. Éstas son, parcialmente, de índole narrativa, o bien argumentaciones en forma de diálogo, que se apoyan en fábulas o leyendas, en explicaciones tradicionales de tipo escolar, en crónicas o en apasionadas intervenciones en primera persona. Esas voces a veces pueden adjudicarse a un historiador, otras a un filósofo, aunque para Benot⁹ corresponden principalmente a un funcionario civil, a un filósofo idealista o a un pesimista.

En realidad las diversas enunciaciones se van anulando conforme aparece otra voz. Por ejemplo, hay una especie de “historiador filósofo” que toma su distancia al enunciar lo que considera “principios”, para intervenir luego como narrador y transformarse en un “ser sensible” muy típico del siglo XVIII. Entonces pronuncia esos patéticos discursos tan repetidos a lo largo de la *Historia de las dos Indias*, en donde habla de las víctimas de la barbarie de la civilización. En esas ocasiones, el mismo “historiador filósofo” hace su autorretrato, en el que se presenta como “imagen viva del dolor”, y que asegura que cualquier hombre digno de ese nombre “debe sentir con ese tipo de relatos”; o bien muestra, en otra parte, con tono enfático, el castigo que tendrán los que han cometido abusos; otras veces se presenta como vengador que arenga a la muchedumbre sojuzgada.

También aparecen muchos diálogos, como en el famoso “apóstrofe a los hotentotes” (Vol. I Lib. 2, cap. 18), amenazados éstos de destrucción por los europeos, donde la reflexión sobre la felicidad y la libertad del hombre salvaje, menospreciado por los civilizados, se exponen bajo esa forma tan típicamente diderotiana.

A pesar de cierta incoherencia y muchas contradicciones, que según I. Benot se “erigen en sistema de composición”, resalta, como antes señalamos, el humanismo moralista del siglo XVIII y la función del historiador como impugnador que aprovecha las oportunidades para extraer de su relato la moraleja o las consecuencias morales.

En cuanto al sentido y al alcance de las colaboraciones, hemos encontrado que muchas de éstas provenían de documentos de partida que debían discutirse exponiéndose tanto los pros como los contras del asunto. Sin embargo, en no pocas ocasiones y en los grandes momentos, la discusión es a menudo tomada por Diderot; uno, entre varios, es el ejemplo de la demolición que hace de la *Apología de China* que se había

⁹ I. Benot, *Diderot, de l'athéisme à l'anticolonialisme*, Paris, Maspero, 1970, p. 180.

tomado a Quesnay. Así pues, en un mismo apartado se incluyen varios autores con diferentes teorías, y por lo regular se pasa de una tesis a otra dejando aparentemente en suspenso el juicio definitivo, cuando en realidad se rebate por lo común la primera tesis expuesta. El texto, pues, se modifica sobre todo cuando Diderot interviene, por lo que autores como Michele Duchet¹⁰ afirman que su participación trastocó en sus fundamentos el proyecto inicial: de un manual del buen colonizador, se pasa a una crítica de la colonización.

Recordemos brevemente que el genio de Diderot no se expresó tan sólo como organizador y colaborador de la *Enciclopedia*, sino que se desplegó en gran número de escritos de la más variada índole: textos filosóficos, políticos, estéticos, literarios, etcétera. Sin embargo, en cualquiera de esos apartados pueden encontrarse formas o pensamientos más propios de los otros, pues en la pluma de Diderot lo más natural es mezclar lo moral, lo estético y lo político, y desarrollarlos en diversas ocasiones, en un marco de ficción y bajo la forma de diálogos que permitan réplicas contrastadas. Hay, además, otros textos de Diderot difíciles de clasificar según los parámetros tradicionales, como es el caso de *El sobrino de Rameau*.

Recordemos también que la escritura de Diderot es deliberadamente fragmentaria, incluso en sus textos más largos. Así pues, esa típica escritura, que según E. de Fontenay¹¹ podría por ello combinarse al infinito, encuentra nuevamente un campo propicio para desplegarse en la *Historia de las dos Indias*, que hará el papel de relevo de la *Enciclopedia*. Se trata de una oportunidad preciosa que se le presenta a Diderot para tener una amplia tribuna, desde donde pasa a la *Historia de las dos Indias* sus ideas más atrevidas. De esta manera su estilo característico se integra al texto con toda facilidad; por ello su intervención no deja de ser dispersa, va de capítulos enteros (con toda certeza pueden adjudicarse tres completos) a párrafos, líneas e incluso frases aisladas; además, en muchas ocasiones aparece su huella en fragmentos atribuidos a otros autores. Si bien el número de sus intervenciones es casi de igual importancia entre 1770 y 1774, su número se duplica a partir de 1780.

Es difícil hacer una selección de esta obra con la sola aportación de Diderot; aun cuando se hiciera la correcta atribución de los fragmentos, es indudable que se destruiría la esencia del texto, que en sí es múltiple y también contradictoria. Pero, por otra parte, para entender el alcance verdadero de la *Historia de las dos Indias* se tiene que tomar en cuenta la colaboración de Diderot, pues gracias a ella el libro alcanza mayor intensidad política.

Entre los investigadores que han seguido la pista de las colaboraciones de Diderot, destaca la citada M. Duchet, que las analiza en su conjunto y las clasifica cronológicamente. Sin embargo, lo que más le interesa es relacionar esos fragmentos con otros escritos, comparándolos y destacando el doble o diferente uso que Diderot hacía de ellos según los contextos, que requerían además de tácticas diferentes, pues implicaban

diferentes intenciones. Duchet se ocupa de determinar los escritos de Diderot que circulan de un lado a otro, como *Fragments politiques*, *Mélanges*, *Pensées détachées*, etcétera, insistiendo en que cada empleo requiere lectura diferente según el contexto.

Actualmente se está haciendo la atribución y datación precisa de los fragmentos atribuidos a Diderot, comparándolos con los fragmentos similares impresos en otras partes. G. L. Goggi, uno de los grandes especialistas italianos del siglo XVIII, preparó la cronología interna de los fragmentos. Aún está por hacerse la edición crítica de la *Historia de las dos Indias*, tarea que posiblemente emprendan los estudiosos del siglo XVIII, cuando sean publicadas las obras completas de Diderot, en la nueva edición científicamente establecida que prepara Hermann¹² y en la que aparecerá incluida la "Apología del abate Raynal", donde Diderot muestra su gratitud por el abate, quien era el que asumía el riesgo de la publicación.

Dado que en la obra -cuya composición se hace por múltiples adiciones- es difícil encontrar unidad, de una lectura a otra el lector de la *Historia de las dos Indias* pondrá el acento en uno u otro aspecto; por ejemplo: ¿cuál es, en resumidas cuentas, la solución que el texto propone para el problema político más urgente: reforma o vía violenta?

Si el lector tiene alguna información sobre las diversas ciencias humanas, seguramente experimentará cierto escepticismo acerca de las buenas intenciones del "narrador" más insistente. ¿No será -puede preguntarse- pura y simplemente el portavoz de la típica buena conciencia occidental, que forja coartadas para lograr de manera aparentemente humanitaria los fines perseguidos: una colonización más racional y más "científica", en la que no se despilfarran energías que pueden ser utilizadas de manera más satisfactoria? Por otra parte, la exhortación al mejor trato de los colonizados se vuelve sospechosa cuando el texto no deja de ocultar algo de racismo inconsciente e incomprensión de las culturas que aparentemente alaba. En realidad, todo ello encierra afán de rentabilidad. Los ataques a la administración pública propiciadora de esos errores "inhumanos", parecen calcos de las quejas de los "liberalismos" de todos los tiempos. La *Historia de las dos Indias* también supone que los empresarios son los que sabrán sacar más jugo de las cosas por hacerlo racionalmente: "el comercio racional es el motor del mundo". Sin embargo, el patetismo en que a menudo cae el texto y que a fin de cuentas es el tono dominante, parece lograr el efecto retórico que él mismo anuncia: "maldito quien no se conmueva". Es probable que el lector se vea atrapado y sienta malestar cuando ese texto ambiguo le presente el relato colorido de la historia repetida tantas veces a lo largo de casi toda colonización: violencia y tiranía. Si el lector no se siente atraído por la energía del hombre de negocios, probablemente se vea más tironeado por otra reflexión, que, a pesar del texto y por el propio texto, gracias a Diderot tiene que ver más con asuntos de liberación, no sólo del comercio, sino del individuo, de los pueblos y de uno mismo. ♦

¹⁰ M. Duchet, *Diderot et l'Histoire des Deux Indes ou l'écriture fragmentaire*, Paris, Nizet, 1978.

¹¹ E. de Fontenay, *Diderot ou le matérialisme enchanté*, Paris, Grasset, 1981. (Existe edición en español: México, FCE, 1988.)

¹² *Oeuvres complètes de Diderot*, Paris, Editions Hermann, 1984, 33 tomos, de los cuales se han publicado 18. Faltan dos tomos de *Ideas políticas*, en la serie "Ideas", donde aparece todo lo relacionado con la *Historia de las dos Indias*.